

CAPITULO XLIII.

PREPARATIVOS DEL SITIO DE PARIS.

Día 30 de Agosto.

Se apena el ánimo hoy, al ver lanzados de París, por ódios de raza, trabajadores que dan á una de esas grandes colmenas llamadas ciudades, la cera y la miel de la industria. ¿Dónde irán esos seres infelices? ¿Qué poblacion del mundo arranca de cuajo ochenta mil de sus ciudadanos sin arrancar al mismo tiempo muchas almas, muchas vidas, que han arraigado en el suelo de la proscripción por esas raíces del sentimiento, que prenden con tanta facilidad en todas las sociedades humanas? Antes, cuando las necesidades del hombre no eran tan grandes, ni el trabajo tan fecundo, esos trasplantes de razas no producian los males que hoy producen. Así la fuga de Egipto no pudo ser tan terrible como será hoy á los alemanes la fuga de París.

Pero no solamente se ha dispuesto expulsar á los alemanes, sino también á todas las personas inútiles para la defensa. Idea tan extraña ha parecido de tal suerte excelente que se pide á los departamentos alojen y alimenten á estos expulsados, á estos proscritos de

una nueva especie. ¿Pero hay algo práctico en tales resoluciones extremas? Nada. Esos infelices, separados de sus hogares, de sus familias, seres débiles en su mayoría, niños, mujeres, no pueden conseguir más que llevar el pánico fuera, y acrecentar dentro las dificultades y los dolores. Al habitante de una ciudad sitiada, mostradle su hogar, la figura de su anciano padre, la cuna del hijo, el semblante de la esposa amada; y veréislo defender estos caros objetos con mayor ahinco que teniéndolos lejos, fuera del alcance de la vista y del calor de los grandes sentimientos; errantes y dispersos, caidos en una catástrofe sólo por evitar un peligro. Una gran ciudad puede defenderse bien cuando se defiende espontáneamente, y se defiende espontáneamente, cuando se forma una sola alma del alma de todos sus hijos, unidos en el propósito de los mútuos sacrificios por el hogar y por la patria.

Día 31 de Agosto.

A este horror de las expulsiones de que ayer hablé, se une otro horror; la creacion de

espías por las calenturientas pasiones populares. He leído línea por línea el proceso formado al alemán Hart, bajo la acusación de espionaje prusiano; y puedo decir que no he encontrado pruebas, ni siquiera indicios. Y sin embargo Hart ha sido fusilado. Del proceso de la Villette digo lo mismo. Desde el primer día aseguré que los espugnadores del cuartel de bomberos eran republicanos más ó menos exaltados, pero republicanos sin ningún género de relación con Alemania. Si en algún sentimiento se inspiró su atentado fué en el sentimiento patriótico. Querían armas para fundar la República; y querían fundar la República para expeler al extranjero. Pues los republicanos de la Villette han sido todos condenados á muerte y muchos fusilados.

Nos aturden los oídos con la idea de la defensa nacional, los periódicos imperialistas. Pero esa nación continúa siendo un feudo del César. Sus enemigos personales, aquellos que pueblan las cárceles por haber ofendido la sacra persona del monarca, yacen todavía en las prisiones como si no tuvieran hogar y patria que defender. Bien es verdad que los campos presencian escenas horribles, obra de las muchedumbres bonapartistas. Un joven de distinguida familia ha sido quemado por suponerle desafecto al Imperio, en una de esas aldeas llenas de fanatismo imperialista. Un diputado de oposición ha sido insultado.

Los campesinos se empeñan estúpidamente en que los liberales han entregado el Emperador á los prusianos. ¡Imbéciles! Lo ha entregado su política absolutista, su administración corrompida, su estado mayor disuelto por la intriga, su ambición dinástica, y su torpeza militar.

La ira de estas hordas cesaristas no se ensaña en los liberales sólo, sino en los protestantes también. Creen que desean estos el triunfo de los prusianos por ser los prusianos de su religión. Los atentados han sido tan graves, que un diputado de la mayoría los ha dicho públicamente denunciándolos desde la tribuna á la indignación de la humanidad. Con este motivo hemos venido á saber que los prefectos divulgan calumnias contra todos aquellos que no votaron el plebiscito último, y estas calumnias adquieren crédito en el pueblo de los campos, inmóvil en su secular ignorancia. Ese gobierno, pues, no trata de salvar á Francia sino al Imperio. Todas las esperanzas están destruidas, todo el ejército francés deshecho, todas las fuerzas alemanas, camino de París; sólo queda una esperanza, y un refugio, el pueblo en armas. Pero ¡ah! el gobierno sabiendo que esas armas serían el azote del extranjero, sabe también que serían el cetro de la República. Pues no tiene remedio. Si armar al pueblo es traer la República; no armarlo es asesinar á Francia.

CAPITULO XLIV.

MOMENTOS SUPREMOS.

Día 1.º de Setiembre.

Los prusianos todavía no han podido tomar ninguna de las plazas importantes que defienden la frontera francesa. Phalsburgo, cuya rendición habían anunciado, se sostiene firme. Toul ha presenciado una salida, en que los sitiados consiguieron rechazar á los sitiadores, á los bávaros. Metz, á pesar de contener el inmenso ejército de Bazaine, lucha con el hambre heroicamente. La toma de Vitry, se debe á una desgraciada maniobra de la Guardia movilizada. En vez de defender la ciudad, decidió desampararla y retirarse hacia Chateau-Tierry. Habían clavado los cañones, inutilizado toda munición que tenían á mano, y decidido la hora de la salida. Pero como pertenecían á distritos diferentes, se dividieron los guardias movilizadas. Así divididos, se debilitaron. Y debilitados por su propio error, encontró la mayor parte de ellos al audaz enemigo cerrándole el camino. El encuentro fué horrible. La infantería los diezmaba con sus certeros tiros. Y cuando huían de la infantería, tropezaban con los hulanos

que los alanceaban á su placer. En aquella carnicería pedían los más ser tratados como prisioneros de guerra, ya entregados, rendidos, inermes. Pero los prusianos dicen que el derecho de guerra sólo reza con los soldados de línea, y que los guardias movilizadas no pertenecen á esta categoría. Y parapetados tras consideración tan sofística, los degollaban á mansalva. Por fin, algunos jefes lograron demostrar á los vencedores el carácter regular de aquellas tropas. Sólo á esta demostración cedió la matanza. Pero ya habían muerto cincuenta guardias y muchos sufrido tan horribles heridas, que su cuerpo era una llaga. Proezas de la guerra.

El sitio de Estrasburgo es heroico. El año pasado, por este tiempo, visité yo la poética ciudad. Me parece estar viendo sus plácidas campiñas, sus serenos ríos, el aspecto monástico de aquellas casas silenciosas, la tranquilidad de sus habitantes, la hermosura severa de su catedral rematada por la torre acaso más esbelta que hay en toda Europa, y que parece una oración, una nube de incienso,